RECUERDOS

DEL

DOCTOR MÁRMOL.



SEVILLA.

Imprenta de Jose María Geofrin calle de las Sierpes num. 30.

Mayo de 1841.







D. MANUEL MARÍA DEL MÁRMOL.

La pérdida del laborioso é insigne literato D. Manuel María del Mármol que igualmente deploran las ciencias, la juventud estudiosa y sus numerosos amigos habria quedado ahogada en el tumulto del mundo sin dejar mas monumento de recuerdo, que el estéril, si bien intenso y cordial afecto que sus amigos, justos apreciadores de su mérito, virtudes y profundos conocimientos, han debido esperimentar por tan fatal aunque necesario acontecimiento. Esta idea sin duda hizo que muchos de ellos reunidos, con objeto de perpetuar su grata memoria, formasen una comision compuesta de algunos de sus amigos y compañeros, que sirviendo de intérprete á los sentimientos y al justo dolor que causó su muerte proporcionase á un tiempo un punto de union á muchos otros para lograr el fin indicado. A últimos de Enero del presente organizada esta comision se dirigió á todas aquellas personas que apreciaban las virtudes y conocimientos del modesto literato, manifestándoles su deseo de no perdonar medio ni fatiga alguna para llevar á cabo su empresa, y que sus planes eran tan vastos como entrañable su afecto, sin conocer otros límites que los que forzosamente les fijasen los medios necesarios para cumplirlo. Esta invitacion solo produjo la cantidad de 3.825 rs. vn. y la comision sintió entónces amargamente verse circunscrita á límites tan estrechos, tratándose de un objeto tan noble y generoso; mas sin embargo consultando aquellos escasos recursos de que podia disponer publicó en 27 de Abril el proyecto, que tenia meditado para llenar su empeño. Entónces, anunció que se harian unas honras solemnes y suntuosas, que se colocaría un retrato del Sr. Mármol en la cámara Rectoral de esta Universidad, teatro de sus triunfos literarios y de muchos de sus trabajos científicos; y que publicaría ademas una noticia biográfica de este insigne filósofo, con la oracion fúnebre de sus honras y un retrato litografiado del mismo.

La comision creyó que las honras de este varon virtuoso deberian celebrarse en la Iglesia de la Universidad, ya en justo recuerdo á las luces que difundió en este santuario de las ciencias, ya por ser un hijo predilecto de este sábio cuerpo y ya en fin por lo magnífico del templo, y al cabo logró la misma tan natural y justo deseo, verificándolas en el dia 7 de Junio.

Finalmente la comision, no obstante la penuria de recursos y prévias las licencias y tiempo competentes, no renuncia á la esperanza de trasladar los restos de este hombre insigne á la Iglesia de la Universidad Literaria, y de colocar en su sepulcro una inscripcion que trasmita á la posteridad los recuerdos de sus glorias y los reiterados y fructíferos trabajos que prestó á la noble causa del saber.

Tales son los medios que la comision ha podido poner en juego para llenar su empeño, atendidos los escasos recursos con que contara, creyendo la misma que si no ha llevado á cabo su colosal deseo, tiene al ménos la gloria de haberlo intentado y de haber hecho cuanto le ha sido posible para alcanzar su noble y laudable objeto. Sevilla 8 de Junio de 1841.

Manuel de Castilla, Pro. Fernando Blanco. Francisco Mensayas.

Fernando Santos. Manuel Carrasco. Antonio San Martin.

José María Geofrin.



DISCURSO

PRESENTADO A LA ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

por su Director

Don Alberto Lista,

con motivo del fallecimiento

del Dr. D. Manuel María del Mármol,

QUE LE ANTECEDIÓ EN EL MISMO DESTINO.

SEÑORES:

Cuando la amistad y el dolor quieren perpetuar la memoria de un varon ilustre y benemérito de la humanidad, cuya pérdida es una calamidad pública, suelen elegir para exhalar ante su tumba ese ligero vapor de gloria que los hombres pueden dar, no tanto á un literato célebre, capaz de ser digno intérprete de sus sentimientos, como á un corazon tierno y sensible, que haya estado unido por muchos años con el vínculo de invariable simpatía al amado objeto que lloran. Los amigos del Dr. D. Manuel María del Mármol me han confiado la dolorosa comision de presentar á mis conciudadanos el cuadro de sus méritos y virtudes; y me veo precisado á confesar, á pesar de los tristes recuerdos que ha de

causarme el cumplimiento de este encargo, que no hubieran podido hacer una eleccion mas acertada. Fuí uno de sus amigos mas estimados: fuí testigo, y algunas veces cooperador, de su larga y laboriosa carrera literaria: fuí partícipe de sus ideas y del celo ardiente por los progresos de la juventud en las letras y las ciencias: soy quizá el mas anciano de cuantos compañeros tuvo en su edad varonil para la noble empresa de mejorar los estudios. ¿Quién puede disputarme los títulos sagrados con que me presento á hacer su elogio? Es cierto que la debilidad de mi talento, aumentada con el peso de la edad, deberia excluirme del honor á que aspiro: pero el sentimiento suplirá esta falta. Para los amigos de Mármol es mas grata la voz ardiente del corazon que las palabras compaseadas de la ciencia.

Hizo el Dr. D. Manuel del Mármol en la Universidad de Sevilla, que se gloría de tenerle por hijo, los estudios de filosofía, teología y cánones: pero no tardó en conocer los defectos comunes de la enseñanza en aquella época de transicion, en la cual aun eran temibles los gritos del escolasticismo moribundo. No faltaban á la verdad hombres de talento é instruccion, que conociesen los vicios de aquel método, que sustituia palabras á las ideas y que tenia por único objeto los triunfos ridículos de la argumentacion; pero estos mismos hombres no se atrevian, sin embargo de despreciarlo, á sacudir su yugo: y lo mas á que aspiraban, eran transacciones, no victorias. El espíritu de rutina era superior al buen sentido que comenzaba á cundir.

Mármol fué el primero, que ascendiendo á las cátedras de filosofía, declaró guerra á muerte al antiguo método de descubrir la verdad: el primero que sustituyó en la enseñanza de la lógica y de la metafísica las ideas á las voces, la análisis profunda á la nomenclatura estéril de los peripatéticos; el buen gusto y la razon á la barbarie y á los gritos: el primero, que dió á conocer en las cátedras de aquella ciencia los principios luminosos

de Condillac, tan desdeñados hoy de los que quieren resucitar la antigua é ininteligible algarabía de la escuela. Este deseo de establecer los buenos estudios no era solamente en el Sr. de Mármol un efecto de inteligencia y de saber; sino tambien un acto de virtud, si la virtud ha de medirse por los sacrificios que se hacen á la verdad. Fué diestrísimo en el arte silogística que aprendió en su juventud y no se renuncia fácilmente á las habitudes contraidas en la edad florida; mucho ménos si con ellas se logra, como sucedía entónces, gloria y celebridad. Esgrimía como el mejor, las armas silogísticas; pero las despreciaba: porque para él la verdad era superior á todas las consideraciones de reputacion literaria, á todos los cálculos de intereses.

No le era posible lograr la misma perfeccion en el estudio de la física, á lo ménos en los primeros años de su carrera de enseñanza: estaba reservada á nuestros dias la conviccion general de que es imposible dar un paso en la ciencia de la naturaleza sino por medio de la esperiencia, la observacion y el cálculo: pero ¿quién trabajó mas en estender esta idea luminosa y primordial, que el Sr. de Mármol? ¿Quién impuso como una especie de obligacion á sus alumnos de filosofía el estudio de las matemáticas, que antes solo se aconsejaba con cierto desden, y á condicion de posponerlas siempre á la teoría de las figuras y modos de los silogismos? ¿Cuándo hasta él se habia procurado imbuir á los discípulos en la geografía, cronología, historia y bellas letras? ¿Y no fué él mismo tambien quien en los últimos tiempos ha coadyuvado con sus exhortaciones al provechoso giro que ha tomado el estudio de esta ciencia?

A todas partes donde le llevó su mérito y el deseo que tenian todas las corporaciones literarias de poseerle en su seno, llevó las mismas ideas y el mismo celo. En todas partes inoculó su ardiente, pero ilustrado amor á la buena instruccion. En la Sociedad económica de amigos del pais contribuyó en gran ma-

nera al establecimiento de cátedras nuevas de ciencias naturales, de humanidades y de lenguas, y á la conservacion de las antiguas de matemáticas: promovió la ereccion de dos escuelas primarias para el bello sexo, cuya direccion tomó á su cargo, y no descuidó la vigilancia de las antiguas que tenia la Sociedad. En todas partes fué el Sr. de Mármol la providencia *visible* de la juventud estudiosa en esta insigne capital.

Hemos visto los efectos de sus tareas, amargas para él por la enfermedad larga é importuna que le produjeron: pero útiles para la ciudad y para toda la nacion, atendido el gran número de jóvenes ilustrados y virtuosos que formó. Podría citar en esta ocasion muchos nombres que pertenecen ya á la historia: pero respeto la modestia de los vivos; y habré de contentarme, con pronunciar, aunque con lágrimas de sangre, el de mi malogrado amigo D. José Antonio Arespacochaga arrebatado tan cruel é inmaturamente á su familia, á las numerosas personas que le amaban, á las letras, á la patria, á la virtud. Este jóven recibió y conservó siempre el sello de la enseñanza de Mármol, su amigo tanto como su maestro: la *bondad* y el *saber* fueron los caractéres que le imprimió.

No solo se debieron á este ilustre profesor las mejoras que observamos en la enseñanza de la filosofía, que era su principal instituto, sino tambien contribuyó poderosamente á perfeccionar el buen gusto en las humanidades. No basta al hombre que se dedica á las carreras literarias, el cultivo del entendimiento, la instruccion en los métodos de hallar la verdad, ni el análisis de las facultades del alma: hay una filosofía mas oculta, mas delicada y ménos conocida, porque está mas ligada á nuestros instintos racionales, que distingue entre los caractéres de la verdad, el que mas simpatía tiene con nuestros sentimientos; este es la belleza. Su ciencia es no solamente el adorno, como creen algunos, sino tambien el complemento de la filosofía, y por eso nues-

tros antepasados guiados mas bien por un instinto ciego, que por el conocimiento analizado, llamaron *maestros en artes* á los profesores de los ramos filosóficos. El lógico demuestra una verdad al entendimiento: el poeta la introduce en el corazon.

El Sr. de Mármol de cuyos sentimientos virtuosos harémos despues la mencion que merecen, no podia dejar de sentir esta íntima connexion que enlaza con vínculo inefable á la verdad, á la virtud y á la belleza. Pero, ¡cuán mezquinas eran las ideas comunes, aun en los hombres mas sábios en otras facultades, cuando recibió Mármol su educacion literaria! No había entónces poetas, sino copleros. El arte de Rengifo era el único libro que consultaban los profesores de versificacion. Creíase que en habiendo empinado algunos versos con ritmo y consonante, ya se ocupaba un lugar distinguido en el Parnaso. Gerardo Lobo y Montoro eran los modelos de la época.

Pero el sentimiento cuando es puro vence todos los obstáculos. Mármol le debió no solo la conviccion de que existia otra poesía mas noble, sino tambien del tono y del método propio de las composiciones poéticas. No tardó en ser asociado á la Academia particular de letras humanas, que tantos y tan útiles esfuerzos hizo para aclimatar el buen gusto, tan indignamente desterrado de la patria de Herrera y de Rioja; y cuantos componíamos aquella corporacion, vimos con placer que las nociones del nuevo académico, que se había formado á sí mismo convenian exactamente con los principios severos de buen gusto que allí se profesaban. Desde entónces fué uno de nuestros mas celosos colaboradores: costeó varios premios: imbuyó á sus alumnos de filosofía en el amor á las bellas letras; les hizo ver su necesidad científica y moral; y no contento con darles la doctrina, los animó frecuentemente con el ejemplo. Su drama pastoral de *los amantes generosos*, en que espresó los sentimientos de su alma pura y noble con los acentos mas preciados de la buena poesía,

y otro gran número de composiciones ligeras, escritas mas bien para alentar á la juventud que para aspirar á la gloria poética, son á un mismo tiempo monumentos de su talento y de su bondad.

Pero ¿á qué me canso en manifestar su incesante anhelo por los progresos de las buenas letras, en una Academia que lleva este noble título, que ha sido testigo de sus incesantes trabajos á favor de ellas, y que acaso no existiría ya, á no haberla sostenido el Sr. Mármol con su brazo laborioso é incansable? Semejante á los cadáveres embalsamados, que permanecen enteros, pero quietos y mudos, en sus sepulcros, yació la Academia sin vida, sin accion, por muchos años, cuando en más felices tiempos, que fueron los de su niñez, habia producido obras que la hicieron célebre en la república literaria. Pero admitió á Mármol en su seno, y con él el principio vivificador. Desde que nombrado director se puso al frente de ella, se cuentan sus dias felices. Entónces se estableció un nuevo órden de trabajos, y lo que es mas, se cumplió, porque el Sr. Mármol tuvo cuidado en rodearse de colaboradores hábiles y activos: se propusieron premios; se celebraron certámenes, y en fin, volvió á ser la Academia el centro del buen gusto en los estudios de humanidades.

Vosotros habeis tenido la dignacion de nombrarme sucesor suyo; pero ¡ay de mí! al aceptar este honor he tenido mas presente el sentimiento de gratitud que os era debido de mi parte, que el interés de mi propia gloria. ¿Qué puedo yo hacer en bien de la Academia, atendida mi edad y mi situacion, comparado con lo que ha hecho mi ilustre antecesor? Nada mas que esas marchitas flores que arrojo con mano desmayada sobre su losa. Pero ellas á lo ménos probarán al mismo tiempo que mi impotencia para sucederle dignamente, el sentimiento dulce de amistad que conservaré hasta la muerte, á la memoria del varon insigne que consagró su existencia entera á los progresos del saber humano.

Y ¿de dónde procedió este celo, que puede llamarse herói-

co, atendidos los obstáculos que el error, las preocupaciones y la envidia habian de suscitarle, sino de un corazon sólidamente virtuoso y amante de la humanidad? Para describirlo como él mereció, querria yo ahora manejar el pincel de un Plinio ó de un Tomas. Pero en defecto de esto, sus mismas obras le alabarán

Cuando se trataba del bien de la juventud y de los progresos de la instruccion, ningun sacrificio le parecia grande. No es posible enumerar los beneficios que hizo á alumnos beneméritos, pero pobres, para que pudiesen continuar en su carrera, y dar lustre con sus luces á la patria. De algunos fuí testigo: otros me han sido revelados por sus amigos: otros quedaron ocultos en el archivo misterioso de la caridad, solo patente á Dios que ha prometido premiarla.

Ya hemos hablado de los premios que á costa suya se distribuyeron en los certámenes públicos de la Academia particular de letras humanas: vosotros mismos fuísteis testigos del desinterés con que devolvió á nuestra corporacion, sin dar su nombre, el premio que ya cercano al sepulcro (porque solo la muerte pudo imponer término á la actividad de su alma) obtuvo por su erudito discurso sobre las demostraciones del movimiento de la tierra. Consta de su relacion de méritos el medio ingenioso de que se valia para hacer, que los alumnos pudientes contribuyesen á sostener en los estudios á los que eran pobres y aprovechados.

Pero á Mármol no le parecía haber hecho nada por la juventud, mejorando su instruccion y trabajando incesantemente en este objeto, si no conseguia sostenerla en el camino de la virtud, á pesar de las dificultades y peligros á que está espuesta aquella edad. Esto le era muy difícil atendida la naturaleza de sus relaciones con sus discípulos, reducidas á los deberes de la enseñanza pública. Pero tuvo el acierto de elegir sus amigos entre los jóvenes mas sobresalientes: de ellos se acompañaba con frecuencia, y en sus conversaciones ya filosóficas, ya amenas, les

hacia amable la virtud, que al mismo tiempo predicaba con su ejemplo; y esta especie de apóstoles servian de conducto para inspirar iguales sentimientos á los demas. Contribuia á ello hasta las mismas cualidades esteriores del Sr. Mármol. Su continente, severo á la par y dulce, atraia al mismo tiempo que infundia respeto. La jovialidad de su trato, sencillo y sin afectacion, como el de todos los hombres sábios y virtuosos, estaba templada por su silencio: porque era tan avaro de palabras como pródigo de amistad.

Así consiguió que sus alumnos, á lo ménos los mas queridos y allegados, heredasen sus sentimientos, copiándolos: y fuesen virtuosos, amigos de la humanidad y de la patria, y escelentes colaboradores suyos en los institutos y trabajos dirigidos á la instruccion general.

Porque Mármol aborreció siempre esa filosofía egoista y material que coloca á cada uno de sus sectarios en el centro del universo moral, y no les impone otro deber que el de mirar por sus intereses ó sus placeres. Mármol era filósofo: pero filósofo cristiano: y estaba convencido de la obligacion de consagrar su inteligencia, sus trabajos y su vida al bien de los demas hombres. Cumplió esta obligacion como pocos. Dejonos un ejemplo de que pueden desearse y hacerse reformas en los estudios, sin destruir las creencias, sin desmoralizar la sociedad.

Mármol era cristiano. Y ¿de dónde si no, pudo proceder ese celo tan enérgico, tan desinteresado por los progresos de la inteligencia y de la civilizacion? Pero era cristiano sin supersticion ni fanatismo, asi como fué filósofo sin orgullo ni incredulidad. Sea dicho en alabanza suya, que en los tiempos de su juventud, cuando todavía dominaba el filosofismo atrevido del siglo XVIII supo conocer, respetar y hacer respetar á sus alumnos la línea indivisible que separa el dominio de la razon y el de la autoridad. El estudio bien entendido que había hecho de la ciencia de la re-

ligion, le manifestó cuáles eran los límites que la Providencia habia impuesto á la inteligencia humana.

De estos principios sólidos procedieron sus virtudes, á un mismo tiempo cristianas y filosóficas: su inalterable bondad, jamás desmentida: la ternura y constancia en la amistad: su acendrado patriotismo: su sumision á las leyes y al gobierno, sin envilecimiento ni servilidad: su liberalismo sin afectacion ni furores: su desinterés, sin ningun proyecto de ambicion ni de gloria: en fin, su filantropía, que egerció á la vista del mundo dentro del círculo de la enseñanza, para la cual habia indudablemente recibido del cielo mision especial. Los que han vivido mas cerca de él no me desmentirán, si digo que cumplia con suma exactitud los preceptos de la caridad evangélica en otras líneas y los deberes austeros del sacerdocio. Pero estas virtudes de un órden menos ostensible, solo serán bien conocidas en el dia de la revelacion universal.

Tales son, señores, los títulos que nuestro amigo comun, cuya pérdida lamentamos, adquirió para vivir en la memoria de los buenos, y en el corazon de los hombres que aprecian debidamente la educacion literaria y moral. Cada uno de los que le amaron y tuvieron la felicidad de conocerle y tratarle mas familiarmente, sabrán hasta qué punto fué digno de recuerdos contínuos y dolorosos. Yo de mí podré solamente decir, que aunque separado del Sr. Mármol á largas distancias y por muchos años, siempre conservé indéleble el sentimiento de amistad que con él me unia. No es fácil que se estinga ahora, aunque nos separe el espacio inmenso de la eternidad: porque no tardaré muchos años en atravesarle tambien.

Vosotros, cuya edad os promete una vida mas larga, una sucesion mas frecuente de bienes ó de adversidades, tampoco olvidareis al hombre insigne, gloria de nuestra patria. Verted lágrimas en su sepulcro: pero imitadle. El nombre del varon justo

y sabio es el nardo escondido, cuyo olor penetra hasta las generaciones futuras. No existe ya Mármol: pero su espíritu debe sobrevivir en vosotros y perpetuarse en los colaboradores futuros de esta sábia corporacion. Aquel celo ardiente por la instruccion y la virtud, que abrazó su alma y que durante su larga carrera procuró prender en los corazones de sus discípulos y amigos, debe perpetuarse en esta Academia y constituir su carácter especial. Ese será el monumento mas digno y agradable que podeis erigir á su memoria.

Sevilla 30 de Abril de 1841.

ORACION FÚNEBRE

PRONUNCIADA

por el Presbítero



EN LAS SOLEMNES HONRAS

celebradas en la Iglesia

DE LA

Universidad Literaria de Sevilla

A LA MEMORIA DEL DOCTOR

D. MANUEL MARÍA DEL MÁRMOL.



Hesterni quippe sumus, et ignoramus; quoniam sicut umbra dies nostri sunt super terram. Job. Cap. 8. vers. 9.º

Nosotros somos de ayer ciertamente y lo desconocemos: nuestros dias pasan sobre la tierra como una sombra. *Libro de Job.* . . . .

Sonó, Señores, la malhadada hora, en que la inexorable parca abrió el hondo sepulcro, que de hoy mas encerrará los inanimados restos de un venerable anciano, cuyos dias pasaron serenos y apacibles, cual el manso arroyuelo, que tranquilo y con marcha insegura, con incierto giro, se derrama en la fértil pradera, comunicando la vida y la hermosura á las tiernas flores, que la esmaltan y embellecen. Pagó, al fin, su tributo, rindió su triste homenaje á la naturaleza un Sacerdote celoso, un ilustrado Español, que atravesó el mar proceloso de la vida en el retiro y oscuridad, objetos sagrados, que absorven toda la atencion del filósofo, dejando en el seno de la sociedad, de que le arrebató la muerte, estampadas las huellas de sus virtudes y los vestigios de su religiosa beneficencia. Murió, ¡ay! el Doctor Don Manuel María del Mármol, y tocó el ocaso de su peregrinacion sobre la tierra, bajando desde la ignorada soledad á la tumba fria, donde yace en sosegado sueño, que no perturbarán, que no interrumpirán con sus prolongados lamentos, ni con su estrépito tormentoso los míseros mortales.

Esa pompa fúnebre, que comunica un aspecto pavoroso al templo; ese aparato luctuoso, representacion, símbolo de los despojos melancólicos, con que la muerte acaba de adornar su tétrico carro; esos acentos lúgubres, que aun parece que resuenan

en las bóvedas del santuario, y cuyo eco misterioso todavía se repite en el fondo de nuestros corazones, profundamente afectados; esa voz patética y sublime, que el ministro del Altísimo ha pronunciado fatídico, último saludo, con que el consternado y lloroso viviente se despide del que ya se abisma en la eternidad.... ¡ah! un cuadro tan sombrío es el postrer obsequio, que consagra la gratitud á los manes de un sabio, que por su mal ha perdido la célebre, la inmortal Sevilla. Desvanecióse como una sombra fugaz, y descendió á la region de los muertos ese hombre ilustre, objeto digno de estas solemnes exéquias. Tambien ¡ay! disipa el impetuoso aquilon las agrupadas nubes que, levantándose sobre el horizonte, se hubieran deshecho en copiosa lluvia, y en abundante rocío, que fecundáran la árida tierra, que reblandecieran el dilatado campo, há dias cubierto solamente de espinas y de malezas. Hundióse bajo la fria losa ese amigo de las risueñas Musas del Bétis undoso, y huyó de entre nosotros como el añoso y vetusto cedro, que arrancó la cruda tempestad de la cresta de la áspera montaña, y escondió en el valle el cenagoso torrente.

No dejó empero, durante el curso de sus años en este mundo inquieto y turbulento, de esperimentar sinsabores y pesadumbres, aciago é imprescindible patrimonio del hombre que viaja hácia la eternidad. Veces mil apuró este varon inocente hasta las heces del cáliz de amargura. La mordacidad se ensañó con él frecuentemente, y con su acritud y causticidad venenosas emponzoñó su solitaria vida. La envidia, la mezquina y raquítica envidia le asestó á cada paso sus tiros, y en su desasosiego y desesperacion contínuos hirió y royó, humilde y cobarde, su carcañal, falta de audacia y generosidad para atacar de frente. ¡Mordacidad! ¡Envidia! abortos de un alma innoble: venid, yo os invito: levantad ese yerto mármol, descorred ese enlutado velo...... ¿Qué descubrís en lo profundo de ese lóbrego sepulcro?

¡cenizas amontonadas! ¡un puñado de polvo!!! Ensangrentaos, pues, ya impúnemente, cebaos en esa inerme víctima: vuestro soplo, vuestro hálito mortíferos pueden ahora disipar á mansalva esas cenizas, ese polvo del que entre los hombres llevó el nombre del Dr. D. Manuel María del Mármol. ¡Palideceis al aspecto de un esqueleto respetable! ¡Temblais á la presencia de ese espectro! ¡Miserables! el que falleció os abandona á vuestro furor, no teme vuestra cólera insana, desprecia vuestro ódio, vuestro rencor ruin é impotente. ¡Aun llevais mas allá de la tumba, ¡qué horror! vuestro desamor, vuestras antipatías, vuestra solapada y encubierta saña!!!

Mal que le pese, no obstante, á la maledicencia, la Bética consagrará á este sábio septuagenario una página honrosa en sus anales; registrará su nombre en el catálogo de sus varones ilustres, y colocará en la galería de sus hombres célebres el lienzo que conserve y transmita á la mas remota posteridad la memoria del Sr. D. Manuel María del Mármol. La heróica, la generosa Sevilla, á pesar de los Zoilos y Aristarcos, pigmeos en la literatura, que profanos osaron introducirse en el templo augusto de Minerva; sin embargo, decia, de los esfuerzos y conatos ridículos de aquella plaga bulliciosa, conservará ufana en las edades mas distantes, como un timbre y blason que le pertenecen esclusivamente, la urna cineraria de este hermoso vástago, que creció, estendió sus umbrosas ramas, y dió sus ópimos frutos á las orillas deliciosas, á las amenas márgenes del caudaloso Bétis. La caña del desierto se levanta tambien ilesa y erguida, despues que pasaron sobre ella la horrísona tormenta y el impetuoso huracan. Tambien arrolla con sus esplendorosos rayos el astro luminoso la densa y opaca niebla, que se levantara del infecto lago y de los lodazales inmundos.

Las generaciones, que nos reemplacen bajo este hermoso cielo en los futuros siglos, mas justas, segun costumbre, que las

contemporáneas, esparcirán, á su tránsito, algunas flores sobre su sepulcro; y deteniendo su trémulo paso cabe á su ya gastado borde, dirán con sentido acento: «*la tierra te sea leve.*" Con recogimiento religioso contemplarán en silencio las virtudes cristianas, cívicas y morales que le distinguieron entre los hombres de su época. Recordaráse, del mismo modo, su reputacion científica, por la que mereció bien de su cara patria. No: el Sr. D. Manuel María del Mármol, no será borrado de la memoria de los Iberos. La tradicion conservará fiel los títulos gloriosos, que no permitirán nunca que este virtuoso Sacerdote, que este ilustrado Ciudadano sea condenado á un injusto olvido.

No serán otras tampoco, Señores, las ideas que procuraré yo desenvolver y demostrar como materia de esta oracion fúnebre. Aunque ménos idóneo para desempeñar dignamente el panegírico, que se me ha cometido, no omitiré, sin embargo, diligencia ni medio alguno, á fin de evidenciar que el Dr. D. Manuel María del Mármol se hizo acreedor, en el curso de su larga vida, á que sus coetáneos, testigos de su pura y ejemplar conducta, como igualmente de sus relevantes méritos y servicios en la república literaria, le recomienden á la posteridad como un virtuoso Sacerdote de la religion sacrosanta de nuestros abuelos, y como un ilustrado Ciudadano, que honra el suelo privilegiado y clásico, que le vió nacer.

Demandemos sumisos del cielo los auxilios divinos, que suplan mi insuficiencia para llevar á cima el pensamiento indicado, que si no me estravía alguna ilusion, lo juzgo digno, no ménos del ilustrado público, que tiene la deferencia de prestarme su atencion, que del malogrado profesor de esta ilustre Universidad, cuya muerte lloramos hoy en este sagrado recinto. ¡Plegue al Eterno escuchar nuestras preces por la mediacion de la Santísima Vírgen!

AVE MARÍA.

No es estéril, señores, no; ni una concepcion del orgullo y de la soberbia, como exageró en su *deslumbramiento infortunado* en un acceso de negra misantropía, algun filósofo, el innato y vehemente deseo de la inmortalidad, que domina al hombre desde que comienzan á brillar los primeros crepúsculos de su razon. En vano una amarga espericncia y la naturaleza potente contradicen y combaten aquella idea instintiva, que se apodera de este ser flaco desde la cuna, y le sigue constantemente hasta mas allá del sepulcro. No puede él negar que el genio de las ruinas estiende su férreo cetro, y egerce su dilatado imperio sobre todo el universo: tiene, igualmente, conciencia de su fragilidad estrema, de su debilidad suma; empero ni aun así le abandona el pensamiento elevado de la inmortalidad. Lanzada al mundo esta criatura contradictoria como un desdichado peregrino, como un estrangero errante, que vá de paso hácia su pais natal, se encuentra en medio de un teatro de desolacion, en que se repiten y multiplican incesantemente á su alrededor las escenas de muerte.

Vé, sí, al hermoso lirio y á la cándida azucena, que en una mañana apacible se levantaron tiernos y fragantes, abatir, al recostarse el astro del dia sobre el horizonte, su tallo ya marchito, y agostada su frescura, cambiados sus matices, caer deshojados al árido suelo, que recibe sus últimos perfumes. Observa sorprendido que desde la encrespada cumbre del monte, una antigua encina, cuya longevidad parecía que desafiaba los siglos, se precipita con la turbia avenida, que conmovió profundamente sus estendidas raices, y ya carcomida, y sin que la aproveche la nutritiva savia, cayó tambien, para no brindar jamas con la sombra de sus frondosas ramas al rendido y fatigado pastor, que la buscaba ansioso en el ardoroso estío. Repara asombrado que un furioso leon, que ántes discurriera por las cañadas, y trepara veloz por las incultas lomas, que desgarrara y despedazara con sus poderosas garras el tímido rebaño, y que estremecía las

selvas con su feroz rugido; lánguido, y aun exánime, yace á sus pies, en cuya desordenada melena se enredan con insultante impavidez la cnitada paloma del desierto, y el gusano, el reptil torpes é inmundos. Tiende su vista en direccion de los cuatro ángulos del globo, y advierte con espanto montones informes de escombros, resto sombrío de opulentas ciudades, de pueblos belicosos, de naciones guerreras, de imperios poderosos y vastos, que han sido borrados del mapa del mundo, y barridos, despues de mil oscilaciones violentas, por la tempestad. Reina, ¡Dios mio! en aquellos lugares de agitacion, de convulsiones estrepitosas, de desastrosas luchas, un silencio horroroso, interrumpido solamente por el ábrego y el cierzo que braman en sus derruidos muros. Sobre aquellas ruinas, sin embargo, se sienta el hombre viajero, y medita, y contempla, y aun se congratula con la idea de su inmortalidad.

Sorpréndele sumergido en sus profundas y melancólicas meditaciones, á que le provoca aquella estraña situacion, una voz sublime, que desciende del cielo, y repiten á coro sobre la tierra todas las criaturas. Escucha con sobresalto, y oye un himno sagrado, que concluye: "solo Dios es inmortal».... Pasa empero, su terror y estremecimiento, y unísono y acorde contesta con voz grave y magestuosa "solo Dios es inmortal; mas tambien lo es el hombre, ser privilegiado é imágen de su criador.»

Este lenguage sagrado hace que se asome á los labios del grosero materialista una risa sardónica, que oprime y embarga tristemente el alma: su semblante lívido toma una actitud, una espresion irónica, que hiela el corazon. Recóbrase, empero, de su estupor la raza de Adan, y lanzando con grito de horror, maldice y execra sus sacrílegas teorías, inspiracion del averno, que tiende á desquiciar todo órden moral, y á minar por sus cimientos la sociedad humana, aflojando y disolviendo todos los vínculos, que ligan dulce y suavemente á los hombres. Con-

tra aquel espíritu de vértigo se alza el sentimiento indeleble, que con caractéres eternos esculpiera Jehová en el pecho humano, se conjuran en masa todas las naciones, se pronuncian, en medio de sus desvaríos, hasta los cultos descabellados del gentilismo, y se levanta con toda su gravedad la religion cristiana, y pulveriza aquel monstruo horrendo, aquella hidra de siete cabezas.

Negad, pues, el dogma de la inmortalidad, y habreis destruido desapiadadamente la base mas robusta sobre que se sostiene el edificio social, y habreis derribado y arrancado blasfemos los cimientos, sobre que descansa aquella portentosa obra, y habreis trastornado y subvertido con vuestra impudente incredulidad el principio augusto que decide de la suerte de las naciones, y de que depende el destino ulterior de los pueblos. Esta verdad incuestionable y eterna es una creencia universal, precisa, necesária, indispensable que dá un solemne mentís al rastrero y estúpido sensualista, cuyos labios murmuran balbucientes no sé qué voces de *organismo, de mecanismo de la materia bruta diversamente modificable*.... ¡Ya!.... ¡Sí!.... ¡entiendo!.... aberraciones del espíritu humano, desacreditadas de antiguo, gastadas y caidas en desuso en este siglo reaccionario, que circunspecto y cuerdo ha sabido perseguir hasta en sus últimos atrincheramientos á los vastos ingenios; pero desgraciadamente obcecados, que en el próximo pasado intentaron la reproduccion de aquel aspid, de aquella enroscada serpiente con formas brillantes y seductoras; aunque sin la gloria de la originalidad, sudando y poniendo en tortura sus colosales talentos, dignos de acometer mejor empresa y de combatir por una causa mas noble.

Tan sólido, Señores, tan incontrastable es el fundamento, tan inconcusas las razones, que han tenido todos los pueblos, aun los mas envilecidos y salvages, para erigir á los héroes, que

al traves de los siglos descollaron en su seno, aquellas pirámides eternas, cuyas cúspides se pierden en la diafanidad de los aires, esos mausoleos y panteones soberbios, asombro de las artes, cuyas inscripciones y alegorías deponen en un idioma, aunque mudo, elocuente: *que hay en el hombre alguna cosa que no se destruye con la disolucion de la materia.* Y aquellos monumentos, y estos geroglíficos, y esos héroes, y la historia que guarda en sagrado depósito sus hazañas, y recuerda la carrera que entre los hombres trazaran aquellos astros refulgentes, forman el patrimonio mas pingüe de las naciones, son tambien otros tantos títulos de inmortalidad, de que se envanecen los imperios.

La España, á su turno, conserva desde la mas remota antigüedad grabados en el bronce nombres famosos, de que tiene justos motivos para felicitarse. Estas regiones venturosas del occidente europeo, climas feraces en que la naturaleza benigna prodigó sus dones, fueron fecundos en génios, cuyas proezas llenan los fastos de sus historias, aun en aquellas oscuras épocas, que se pierden en la noche de los tiempos, en que la ciega idolatría asentara en ellas su trono, y esparciera sus negras sombras desde los escabrosos y magestuosos Pirineos hasta las columnas de Hércules. Aparece, empero, la religion del Crucificado, que cambió absolutamente la faz del mundo, y obró sobre los pueblos una revolucion prodigiosa así en el órden moral, como en el social y político; y al echar sus profundas raices en las provincias españolas, abre una nueva era de heroismo. Bajo su influencia celestial brotan del suelo ibero, y se multiplican los genios, que marcados ya con el sello del cristianismo, tienen un carácter augusto, una índole sublíme, de que carecieron aquellos que salieran de las entrañas del paganismo. A esta época gloriosa, pues, pertenece el ilustre Sevillano, á quien se consagra este suntuoso funeral.

Las virtudes, en efecto, y la ilustracion, que ennoblecieron

y condecoraron al Sr. D. Manuel María del Mármol bajo la égida de la religion cristiana, hicieron de él un héroe que nunca poseyó ni aun conoció el gentilismo. Estas mismas le recomiendan, tambien, á las edades mas lejanas como un personage ilustre, cuya gloria refleja clara y pura en nuestra amada patria, que debe congratularse de haberle dado á luz del mundo. Ministro de la religion de Jesucristo, el Sr. Mármol mostró bien en su conducta que era un discípulo del Evangelio, vaciado en aquel molde celestial, de que no tuvieron idea alguna el antiguo Egipto, la culta y democrática Grecia y la dominante y poderosa Roma. Alumbrado con los resplandores inestinguibles, con la antorcha indefectible de la fé, en todos sus actos convenció este Sacerdote del Altísimo, que se afanó con asiduidad á fin de copiar de las páginas de aquel sagrado código, el tipo y modelo de virtudes, que trazó un pincel divino, del cual ni un bosquejo imperfecto se vió nunca en los pórticos, en los Liceos ó en las Academias; que jamás, tampoco, vislumbraron ni aun en sus dorados sueños, en sus utopias y bellos ideales los Platones, los Sócrates, los Sénecas y los Estóicos. El Sr. D. Manuel María del Mármol sabía muy bien que el fiel alumno del cristianismo es un destello hermoso de la divinidad, que sirve de fanal á los estraviados mortales, mientras que el adepto de las antiguas sectas y escuelas filosóficas era un fuego fátuo, el cual, á poco que se le examinaba, descubría el depravado, é inmundo orígen que lo engendrara. Conocía, igualmente, que la moral del Evangelio es un principio eterno como la fuente de donde procede, que envuelve en sí mismo el gérmen de vida que anima al hombre, y sostiene las sociedades; ofreciendo un contraste palmario con las máximas de la filosofía antigua, que forman un sistema incompleto, y un instable edificio de cimientos arenosos y someros, que el mas ligero impulso derriba y convierte en escombros.

Sabeis, Señores, que estas teorías, que estas doctrinas

consoladoras fueron tratadas luminosamente por el Dr. Mármol en las aulas que dirijió por una dilatada serie de años, recogiendo constantemente abundosos sínceros aplausos, y tiernas bendiciones de la juventud estudiosa, que entusiasta tuvo la suerte de oirle, como su Mentor amable. Combatió, tambien, victoriosamente las argucias y sofisterías, inmundo cieno, que la impiedad arrojó osada al rostro divino de la religion; ardiente lava, que, á fin de que los devorase el fuego vomitado por los tártaros, amontonó la incredulidad al pie de los altares del Crucificado.

El Sr. D. Manuel María del Mármol, como un sabio que acata por conviccion las obras del Omnipotente, respetó la Religion sacrosanta de nuestros padres, que con su profunda penetracion habia estudiado desde la adolescencia. Adoró dócil, y prestó un obsequio racional á los dogmas y misterios inescrutables de aquella, como que conoció en ellos el lenguaje sublime de la divinidad, que á veces vela y encubre al imbécil entendimiento humano sus arcanos. Amó su moral pura y admirable, como quien habia aprendido que el cristianismo es la cadena de oro que baja desde el cielo á la tierra, cuyo primer anillo arranca del trono del Escelso, y el último es un hermoso eslabon que, en su destierro, liga y ata fuerte y suavemente al hombre, cuando, semejantes á un volcan, cuyas voraces erupciones todo lo consumen, no le emancipan de tan dulce coyunda, de tan amable yugo las pasiones desencadenadas.

Sus vastos y variados conocimientos fueron otros tantos lazos que le unieron mas estrechamente al cristianismo. Tan cierto es, Señores, que una ciencia consumada se prosterna reconocida ante las aras de la religion, y que el taller infernal, donde se trabajan las armas para batirla, donde se afilan los dardos para herir y rasgar su albo seno, es el gabinete del semi-

sabio, del presuntuoso erudito, cuya temeridad é hinchazon deslumbran su escaso entendimiento, y fascinan sus limitados sentidos y ciegan su circunscripta razon, y le hacen perder el tino hasta el estremo de blasfemar del cielo, y con lenguaje impío *insultar....* ¡Dios mio! *mi alma os acata rendida: tú, tambien, pueblo cristiano, le acatas con sencilla postracion: el universo todo se humilla y cree, al oir con pavura la voz que truena desde las nubes:* Ego sum.... ¡Qué contraste tan acabado forman los Sócrates, los Leibnitz, los Bossuet y los Newton, génios inmortales, cuyas almas sublímes sufren una fuerte conmocion, y esperimentan dulces sentimientos de respetuosa gratitud, cuando oyen el nombre venerando de Dios, aun pronunciado al acaso, con la pedantería y garrulidad petulante de esa turba insensata, que, dominada de un espíritu de vértigo, le profana, le maldice y execra en el colmo de fatüidad y de demencia! ¡Corramos un denso velo sobre esta deformidad monstruosa de la especie humana!

Educado nuestro ilustre profesor Mármol en las escuelas de aquellos grandes oráculos, honra y prez de la raza de Adan, se abrazó con los sanos principios, que allí se enseñaran, á los cuales, aun como Sacerdote cristiano, acomodó y ajustó estrictamente su conducta. Un análisis, un estudio profundos y filosóficos de nuestra adorable religion, le alejaron á igual distancia de los furores y rabia desoladora del fanatismo, de las supercherías y estulticia de la supersticion, de las blasfemias y profanaciones de la impiedad, y de los delirios y torpezas de la incredulidad destructora. Ministro de una religion de paz, cuyo espíritu había calado y penetrado hasta en su fondo, se estremecía al contemplar las violencias y estragos del intolerante y mal entrañado fanatismo. Sacerdote de un culto, que léjos de amar las tinieblas, y de rehuir la luz, se halla en la mas perfecta armonía y consonancia con la razon, como luminosos rayos, que emanan del mismo as-

tro divino, se condolía de las sandeces, y compadecía las necedades de la supersticion.

El digno Pro. D. Manuel María del Mármol abrigó en su corazon los generosos sentimientos de aquella tolerancia y mansedumbre benéficas, que son los caractéres y atributos especiales del cristianismo en toda su pureza. Aun por esto amenazó aquel, en mas de una ocasion, á este celoso Sacerdote con su mirada torva y sanguinaria; y mancilló esta su inocencia, derramando sobre él mismo toda su hiel, y abrumándole con sus detracciones, con sus murmuraciones insidiosas.

Su catolicismo síncero, su acendrada ortodoxia le preservaron siempre del universal contagio que en el siglo anterior, puso en conflicto la religion del Humanado, y amagó á la Europa entera con una inundacion horrorosa. La navecilla del pescador fluctuó algunos momentos á merced de las embravecidas olas de una desecha tempestad, que levantó la incredulidad, cubierta y disfrazada con el manto de la filosofía y enmascarada con los atavíos y adornos seductores de las ciencias. ¡Cuántos talentos fracasaron en la tormenta! ¡Cuántos ingenios naufragaron entre aquellas agitadas y encrespadas hondas! Hubo, no obstante, una firme roca, en que se estrellaron estas : la nacion española. Hubo talentos é ingenios que resistieron aquellos embates : los sábios de la Iberia, que, circunspectos, supieron hacer justicia sin prevenciones á *todos*, y con prudente discernimiento y crítica inflexible, separar la escoria del nítido metal, la negra cizaña de la dorada mies, las sombras de la luz, la pudedumbre nauseabunda de los deliciosos aromas. Permitidme, Señores, inscribir entre los Campomanes, Floridablancas, Jovellanos, Cienfuegos, Moratines con otros muchos que ya pertenecen á la historia, y que entónces se asieron y salvaron en la tabla del naufragio, el nombre de vuestro benemérito compatriota, de vuestro digno cólega en este gremio claustral, el Dr. D. Manuel María del Mármol.

Comprendió sobre todo y practicó nuestro difunto Sacerdote la caridad evanjélica, alma del cristianismo, que como un ser benéfico bajara desde el Olimpo sobre esplendentes nubes para fijar su trono divino en la region de los mortales. Sentada bajo celestial solio como una matrona majestuosa, que á porfia adornaron las gracias, con dulce sonrisa en sus estrechos y purpurinos labios, con mirada tierna y amable, y con semblante apacible, ocupa una de sus hermosas manos en esparcir sus dones sobre la prosapia de Adan, aherrojada en la abjeccion, y sumergida en la desgracia y en el infortunio, mientras que con la otra arroja suaves lazos de confraternidad, que aprisionan y encadenan en perdurable vínculo á los desavenidos mortales. Su contacto invisible, pero de una eficacia divina, llega á identificar á un hombre con otro, á estrechar una con otra familia, á asociar los pueblos entre sí, á unir las naciones recíprocamente, creando de este modo una vasta y tranquila república de toda la especie humana, que por último viene á confundirse en tí ¡oh Dios de eterno amor!

Hemos sido testigos oculares, Señores, de la conducta religiosa del Dr. Mármol, y hemos visto que su vida fue un tegido de actos benéficos, que le inspiró la caridad cristíana, profundamente arraigada en su sensible corazon. Aquella caridad, aquel amor, ley universal que preside y anima á toda la naturaleza; pero que solo el cristianismo ha sabido apreciar en su justo valor, y aplicar sus leyes en toda su amplitud y estension; y con cuya ausencia todo desmaya, todo languidece, todo se abate y hierma en el universo, fue la virtud predilecta de nuestro modesto Sacerdote, el Sr. Mármol. Dominaba su alma la mas tierna sensibilidad, la cual debe ser mirada como un don precioso del cielo; aunque alguna pluma, cuyo rápido vuelo nos sorprende á veces, la carecteriza y pinta como un funesto presente de la naturaleza. De cualquier modo es un hecho con-

sumado que, depurada y rectificada en manos de la religion, practica portentos y proezas estupendas, que aturden y escandalizan la miseria humana.

Felizmente, Señores, mi posicion, al rozarme con este asunto, es muy ventajosa; porque todavia debe estar fresca en vosotros la memoria de datos irrecusables, de testimonios concluyentes, que me abonan aun mas allá de lo que yo pudiera haberme propuesto en un principio. Públicos son, en efecto, sus desvelos por el fómento de las casas de beneficencia: públicos tambien, sus trabajos á fin de plantear útiles reformas, que mejorasen el estado de esos piadosos asilos, abiertos por nuestra santa religion en obsequio de la humanidad paciente: notorias son, igualmente sus vigilias y sudores, con el plausible objeto de que la horfandad desvalida encontrase un escudo que la protegiese en su desgracia; la mendicidad una mano bienhechora que la prodigase sus consuelos, libertando á la sociedad de una inmundicia, y de una plaga contagiosa no menos fisica que moralmente; la enfermedad que aqueja al desdichado en su pajiza choza, un ansiado lecho donde reclinar sus dolientes miembros y algunos aucsilios oportunos, que ingrata y caprichosa le negára la fortuna; pero que el cristianismo, acariciandole, le dispensa generosamente. Corren de las ojos entumecidos de aquel infeliz algunas lagrimas que le arranca el reconocimiento, y otras lagrimas, mas ardorosas todavía, las de la caridad cristiana, se deslizan y surcan las mustias megillas de aquella matrona macilenta, que se apresura á ofrecerse gustosa y satisfecha como un holocausto en las aras de la religion. ¡Llauto sublime, bastante á formar por sí solo una apologia cumplida del cristianismo, que tales prodigios obra con sorpresa y escándalo de la inerte incredulidad!

¿Pasaré en silencio, Señores, su principial elogio, que hace digna de eterna remembranza la fama póstuma de este ministro del Se-

ñor? ¿Omitiré sus afanes literarios, sus tareas escolásticas que consagró con una constancia sin ejemplo á la educacion de la juventud? Si no hablase á la posteridad sellaría mis labios sobre un asunto, que desconfio acertar á describir, sino con tintas desmayadas y con tosco pincel; enmudeceria sobre una materia, en que los sentimientos del alma, de que justamente supongo que estais poseidos, son mas elocuentes que los consejos de la fria razon; trazaría apénas, unas lijeras pinceladas sobre un objeto, que el ilustrado auditorio, que hoy lamenta con sentidos ayes su muerte infausta, conoce mas á fondo que el desaliñado orador; y sabe, por consiguiente, tenerlo en su verdadera estima.

Casi medio siglo se ha oido en las aulas de este célebre establecimiento la voz de aquel piadoso Sacerdote, que comunicaba su ciencia segun el espíritu de la religion á la multitud de alumnos que le escuchaban como á un oráculo de la sabiduria. Cerca de medio se emplearon, tambien, su claro talento y su grande ingenio en esponer y comentar los varios sistemas filosóficos, que se han sucedido alternativamente, y disputado el triunfo en el orbe literario, con ventajas reconocidas, ciertamente, de la enseñanza pública, y con gloria inmarcesible que seria una injusticia disputarle. Casi medio siglo há, últimamente, que su impulso y accion rompieron las trabas y obstáculos, que embarazaban é impedian el vuelo á la filosofía ecléctica, quebrantando con sano criterio y con discernimiento prudente el yugo aristotélico. Desde su adolescencia se ejercitó con teson inapreciable en esplicar y dilucidar las teorías filosóficas de los inmortales Leibnitz, Bruno, Bacon de Berulamio, Buffon, Newton y Descartes, cuyas semillas y fecundos gérmenes sembraba con esquisito gusto, con tino y método sencillos entre la muchedumbre de jóvenes que de todas partes afluian, y frecuentaban sus clases.

Continuó con la misma constancia sus trabajos en la edad

provecta, esmerándose siempre en iniciar á aquellos en los progresos y adelantos, con que el tiempo, la esperiencia y el genio analítico de este siglo enriquecieran las ciencias naturales. Aun en el último tercio de su laboriosa vida, en que el tiempo con su helada y rugosa mano le abrumó con todo su enorme peso, empleó, tambien, el ardor y energía de la lozana edad, estimulando sus cansadas y debilitadas fuerzas para atender á la instruccion pública. En la senectud, aquejada de las dolencias que comunmente la agravan, fueron sus delicias, como en la primavera, de sus años; la educacion, la formacion de esas inteligencias nacientes que tanto embelesaron siempre su alma.

El añoso arbusto diera, tambien, aromáticas flores, de cuyo cáliz libara la tierna é industriosa abeja el sabroso jugo, con que elabora su dulce panal. Un anciano venerable, cubierto de respetosas canas, lleno de esperiencia y de sabiduría, lleno, tambien, de amargos desengaños y de azares en que rebosa la vida humana, que próximo á hundirse en el sepulcro, se halla rodeado de inespertos y sencillos jóvenes, que en la aurora de su vida oyen y recogen sus últimas palabras sobre la religion y la moral, pronunciadas con labio balbuciente, que la muerte cerrará en breve........ ¿Reconoceis, Señores, este retrato?.... pues bien: yo os aseguro que nunca tan eminentes servicios se sepultarán en la oscuridad y en el olvido. Todavía, no obstante, garantizan la misma celebridad inmortal al Sr. D. Manuel María del Mármol la ilustracion y la sabiduría que le adornaron y distinguieron entre sus contemporáneos, y con las cuales honra á su patria.

Segunda parte.

Canten, en buen hora, Calíope y Melpómene las hazañas trágicamente célebres, con que aturdieron al mundo los Alejandros, los Césares, los Aníbales y los Escipiones, á quienes en su nefanda prostitucion colocó el politeismo en el panteon de los Dioses: la Musa de Oreb y de Sion, cuya pureza celestial protesta contra tan infame apoteosis, consagra con preferencia sus inspiraciones á otros genios ménos ruidosos, á quienes nunca precedieron la desolacion, el esterminio y horrendas calamidades, que de muy léjos anunciaban á aquellos. El númen, cuyo furor agitára á las Meónides, se goza en los espectáculos cruentos, y sentado sobre cadáveres humanos, hacinados en desórden, se complace en ceñir con el mirto y el laurel las sienes de aquellos guerreros, que recorrieron la faz de la tierra, y surcaron las mares como el impetuoso torrente, que desprendiéndose de la encumbrada montaña, arrastra consigo las plantas y los arbustos, y estendiéndose en la vasta llanura, cubre con sus cenagosas aguas todos los vegetales, los mansos rebaños y las doradas mieses, cultivadas con afan por el medroso colono, que apoyado sobre su ñudosa esteva en el inmediato cerro, mira con amargura inutilizados sus ímprobos trabajos, y frustradas sus próximas esperanzas. Empero la divinidad que comunica su estro al vate sagrado, se deleita en colocar diademas de oro entretegidas con ramos de siemprevivas, sobre la frente de aquellos héroes, que la naturaleza próvida diera á luz para alivio y consuelo de la especie humana, y que se dejaron ver sobre la haz del mundo como astros benéficos, cuyos refulgentes rayos desterraron las tinieblas de la ignorancia que ofuscaban á los pueblos, y sirvieron de guia y

norte seguro á las naciones estraviadas por los tortuosos y arriesgados senderos del error y de la mentira.

Las proezas de los Gerjes, de los Diones, de los Pompeyos, de los Asdrubales, de.... ¿por qué no?.... de los Napoleones, son una inmensa mole que agovia á los pueblos, que consterna y oprime el corazon sensible, y cuyos estragos lamenta la religion, y reprende la severa moral. Mas el heroismo y el genio de los Homeros, de los Virgilios, de los Petrarcas y de los Tasos, son un parto feliz de la naturaleza, que de por en cuando envia la Providencia divina para solaz de los mortales; parto que bendicen los cielos, que acoge en su regazo la religion santa, y que acaricia la sana moral. Junto al sepulcro de aquellos brota roja sangre humana que se destila gota á gota sobre los cráneos encerrados en su lobreguez; sobre la tumba de estos nacen tiernas flores que embalsaman sus tranquilas cenizas. Allí, retoñan cual plantas venenosas la ambicion, la vanidad, el orgullo: aquí, descubren su boton y abren su matizado capullo la delicada violeta y el blanco jazmin, sobre que reposan en dulce sosiego, la filantropía, el generoso desprendimiento, el amor de la humanidad.

¿Se calificará de aventurada y gratuita mi opinion, si establezco como tésis demostrable que la fama y gloria de estos últimos alcanza al Sr. D. Manuel María del Mármol? Sin curarme mucho del sordo murmullo de esa caterva de semi-doctos, enjambre perezoso, que en el templo de Minerva solo sirven para aturdir los oidos con un zumbido displicente; yo avanzo á sostener que no puede usurparse á nuestro protagonista el epíteto y renombre de aventajado literato y de humanista profundo. Del fallo inatendible de aquellos presuntuosos, que son la falange plebeya de las ciencias, si puedo esplicarme así, apelo al testimonio y dictámen de los hombres cultos, que honran nuestra nacion, los cuales abonarán, sin duda, mi juicio, y aun darán á mi pobre voto el peso y autoridad que no tiene en sí mismo.

¿Se eliminará, en efecto, al Sr. D. Manuel María del Mármol del Parnaso español, negándole la calidad de poeta; porque en sus producciones se echen de ménos la naturalidad y sencillez inimitables de la Iliada, ó de la Odisea, las bellezas que caracterizan la Eneida, el gusto y delicadeza de las poesías de Horacio, los encantos que tanto embelesan en la Jerusalen del Taso, la sublimidad que transporta y arrebata el alma en el paraiso de Milton? Exigencias tan exageradas nos constituirían en la dura necesidad de fundar un principio de esclusivismo, cuyas consecuencias harán retroceder espantados á los mismos que se atrevieran á reclamar unas dotes tan raras y estraordinarias, que parece haberlas dispensado solo una vez la naturaleza con avara mano, para dar una muestra de un poder vasto, de que no siempre puede hacer alarde; ó para manifestar á los mortales un espécimen de la perfeccion mayor que le es dado concebir. Al traves de tantos siglos, de que ya no existe otra cosa que un débil recuerdo, consignado en algunos monumentos, á su turno tambien amenazados de muerte, solo se descubren un divino Homero, un Cisne de Mántua, un Horacio, un Torcuato Taso y un Milton; astros luminosos, que nunca se eclipsaron, que han llegado á nuestros dias sin que su luz hermosa se haya debilitado ni oscurecido, que pasarán á las futuras generaciones sin que se amortigüen ni menoscaben su fulgor y jamás empañado brillo.

Aquel desacordado rigorismo nos conduciría al fatal estremo de escluir del coro de los vates á otros ingenios, que han escitado justamente la general admiracion con sus bellas concepciones, á pesar de hallarse en una escala inferior, en una clase subalterna; porque en la república literaria hay, tambien, su gerarquía, sus categorías, que separan entre sí con intérvalos mas ó ménos marcados á los maestros de la especie humana. ¿Podríamos ver con calma, con estúpida serenidad descontados de aquella raza divina, y proscritos del templo de las Musas á nuestros

Riojas, Calderones, Balbuenas, Melendes, Moratines.... que son la honra y el orgullo de la España? El amor patrio nos arrastraría, aun sin apercibirnos de ello, á protestar contra semejante delirio y á anatematizar tan desoida blasfemia. ¿Y podremos colocar al lado, y no muy distante de aquellos esclarecidos varones á nuestro difunto Doctor?

Sus producciones poéticas llevan, sin duda, el sello de la imaginacion y del genio que inventan y crean, del sentimiento que se insinua dulcemente en el pecho humano y domina el corazon; del gusto y criterio que distinguen las bellezas y deformidades; de la sublimidad que nunca inspiró mentido númen. Analizadas sus composiciones con algun detenimiento confesará de buen grado el lector imparcial, que nuestro sábio Pro. estudió los modelos de la Grecia y del Lacio; cuyas obras es positivo que enardecían y estasiaban su alma, aunque desconfiase de imitar su rápido vuelo. Conocía á fondo á nuestros poetas, cuya instructiva lectura llenaba los ocios de su agitada vida, y suavizaba las amarguras de su espíritu, muchos años atras dominado de una profunda melancolía. En todos sus escritos procuró como bellezas características del lenguage la claridad, propiedad, correccion, exactitud y pureza de diccion. Usó de un estilo florido, limpio, animado y á la vez nervioso, con que logró interesar en favor de sus poesías y de sus obras en prosa, los ánimos de los que le escuchaban ó leian. En sus composiciones bíblicas sobresalen un misticismo puro, una uncion sagrada, una piedad que respira ternura y sentimiento. En el romance, poesía propia y esclusivamente española, ha dejado trabajos muy recomendables que nuestros literatos sabrán apreciar debidamente.

El estudio y la enseñanza de la filosofía, en que tantos años se ejercitó el Sr. Mármol con notables progresos de la juventud, le adquirieron las bendiciones de los padres de familia, siempre deseosos de que sus tiernos hijos recibiesen de

tan ilustrado catedrático las esplicaciones de aquella vasta ciencia. Las mismas causas le grangearon, tambien, una reputacion nada vulgar, que cundió primero en las Andalucías, y se estendió despues por toda la España. Dificilmente habrá contado profesor alguno número mas crecido de alumnos; tanto que puede asegurarse que no hay ángulo ni rincon tal vez de nuestra patria, donde no exista algun discípulo, que recogió un dia de sus labios las teorías de los Galileos, de los Descartes, de los Tiko-Brahe, y de otros profundos filósofos, presentadas con sencillez, con claridad y precision de lenguaje, adaptadas á su débil capacidad y á su flaca razon, cuando apénas despuntaba y rayaba en su aurora. La fama, que parece complacerse en batir sus alas con vuelo mas rápido para difundir acontecimientos de triste agüero, les habrá llevado indiscreta é inhumana la infausta nueva de haber callado por siempre aquel sábio intérprete de la filosofía, de haber enmudecido eternamente aquel órgano de las ciencias naturales. Tal vez, dando treguas á ocupaciones serias y molestas, habrán retrocedido con su imaginacion á una época llena de ilusiones y de encantos, que pasó y se desvaneció ya como un sueño agradable, para tributar un recuerdo de tierna gratitud al filantrópico maestro, bajo cuya acertada direccion, candorosos y agenos de los cuidados, que trabajan la vida en la edad adulta, ensayaron su entendimiento y escucharon las lecciones de la sabiduría. Acaso alguno que se formó por sus doctrinas, afectado con la noticia de su fallecimiento, haya fijado una mirada cariñosa sobre los hijos de sus hijos, y vertido alguna lágrima; porque vé frustradas sus esperanzas de confiar su educacion á un preceptor tan culto.

¿Qué testimonios, ademas, de tanta autoridad y peso no hallaremos en esta célebre Universidad, y en las Academias, así de buenas letras como económica del pais, con que conven-

cer los méritos literarios y científicos de nuestro difunto sacerdote? Pasando en silencio sus trabajos emprendidos con prudencia, y seguidos con teson en abono de la primera, ¿cuando olvidarán las dos últimas corporaciones á su miembro y socio benemérito el Sr. D. Manuel María del Mármol? Su ilustracion, su celo, sus tareas, continuadas aun en los dias en que pisaba su planta el borde del sepulcro, ora para fomentarlas y darlas un impulso que reclamaban imperiosamente; ora para comunicarlas nueva vida, que habian debilitado las vicisitudes é injuria de los tiempos; ya á fin de promover empresas literarias, que cediesen en utilidad del público; ya finalmente con el noble designio de reanimar y conservar unos institutos, en que los amigos de las ciencias y de las artes comercian, y se participan recíprocamente el caudal de conocimientos que adquirieron con las vigilias y estudios privados: todos estos antecedentes, decia, todas estas circunstancias hacen que tan distinguidos establecimientos miren como una deplorable desgracia la pérdida que han sufrido con la muerte del Sr. Mármol; muerte ¡ah! que deja en su seno un vacío difícil de llenar.

¿Haceis memoria, Señores, de aquellos venturosos dias, en que una reunion, una asamblea de jóvenes literatos, cual nunca encerrará en sus muros vuestra inmortal ciudad, trabajaron de consuno, concertaron sus esfuerzos, y se estimulaban mútuamente en el seno, y á beneficio de estas célebres Academias? Tocaron entónces su apogeo de gloria que eclipsó despues la fortuna adversa, y cuyo recuerdo deja hoy una pena indefinible en el corazon. Las riberas del Bétis escucharon embelesadas los cantos melodiosos, presenciaron las discusiones y conferencias animadas sobre filosofía, historia, literatura y artes, en que distribuian el tiempo y pasaban honestamente las horas aquellos jóvenes escogidos. ¡Ah! nunca Minerva recibiera en la gran Sevilla mas reverentes cultos! Corrió, empero, ráudo el

tiempo, y el sarcófago oculta en su oscuridad los manes de casi todos aquellos sábios. Humeantes están todavía las cenizas de nuestro insigne Doctor, mas aun las del Ilmo. Sr. D. Félix José Reinoso, mas acatado en la república literaria, que mirado con ceño, y atropellado por los vaivenes y borrascas de la política. Concededme, Señores, que á nombre de la patria y la religion les prometa en la eternidad, en que se han sumergido, nuestra memoria respetuosa é inmortal. Toleradme, tambien, que, sin profanar ni prostituir este lugar sagrado, me apresure á dirigir algunas palabras de consuelo al único que de aquella sábia reunion ha sobrevivido, el cual, encorvado ya bajo el peso de los años, abatido por los pesares y contratiempos de la vida, nos demanda justamente aquel alivio y respeto.

Sentiría, mucho, Señores, abusar en demasía de vuestra consideracion y prudencia. Escrita, ademas, la biografía de nuestro ilustre Doctor por la bien cortada pluma de un sábio humanista, á quien todos veneramos, será cordura en mí circunscribirme ya, y evitar una difusion de que me releva aquella feliz circunstancia. Reasumiendo, pues, mi discurso fúnebre, tal vez desmadejado, diré: que el Sr. D. Manuel María del Mármol merece los honores, la memoria, y la gratitud de nuestra patria, y con especialidad de la provincia á cuyo servicio consagró todos los años de su vida laboriosa. Sus virtudes y su conducta en el desempeño de su ministerio sagrado le afianzan en la posteridad el renombre de *Sacerdote virtuoso:* su vasta ciencia, sus profundos conocimientos, sus obras literarias le garantizan la fama de *ilustrado Ciudadano* en las edades futuras.

Cumplióse, al fin, en este varon virtuoso el fallo inexorable que á todos nos amenaza de cerca. Como una sombra fugaz, como un leve humo deshizo su vida la muerte despiadada é implacable. Cual un sueño aëreo, cual una ilusion pasagera é instantánea que disipa la triste realidad, se desvaneció su efímera

existencia, y se hundió en la eternidad inconmensurable. Tal vez desde su seno inmenso demanda nuestras plegarias, y reclama nuestras fervientes súplicas, con que pueda espiar algunas faltas, en que incurriera como débil criatura formada de frágil barro. Instemos al ángel de la oracion que se encargue de presentar al Eterno las reverentes que hoy le consagramos con este objeto; á fin de que limpio, purificado de la mas ligera mancha, suba al cielo adornado con las investiduras nupciales, y reciba por siempre el ósculo divino en la bienaventuranza.

ASI SEA.